



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º — NÚMERO 17.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Los igorrotos del Amburáyan, por D. Antonio García del Canto. — **Una herencia de llanto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Mensaje del cielo**, poesía, por D. Teodosio Vestreire Torres. — **Solo un Dios y solo un culto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Seccion para los niños: La Virgen del Lago**, por id. — **Variedades**.

LOS IGORROTOS DEL AMBURÁYAN.

(CONCLUSION.)

—Detente, Fayang, dijo el fraile al salvaje en el dialecto igorroto.

—¿Qué me quieres, padre? le preguntó el Bravo en tono de mal humor, —¿acaso vienes á bendecir mi boda segun la costumbre de los cristianos?

—La bendeciria, respondió el misionero, si no tuviese delante de mis ojos esa inmunda sacerdotisa de los infiernos; y si no viese esas cabezas humanas recién cortadas por tu mano y las de tus esclavos; pero una boda celebrada despues de cometer tan horribles asesinatos, no puede alcanzar mi bendicion ni la del gran Cabuniang,

porque él ha muerto por salvarnos y manda que amemos á nuestros enemigos.

En este momento estalló un trueno sobre la cima del monte Cilili, donde se estaba preparando una tempestad.

—Eso sucederá entre los cristianos, respondió Fayang, pero nuestras costumbres nos mandan matar á quien nos ofende.

—Vuestras costumbres, contestó el P. Rafael, son tan feroces como vuestros corazones; son costumbres de Satanás, son costumbres que te avergonzarás de haber seguido cuando al Dios de los cristianos le plazca tocar tu corazon, y las luces de la religion de Jesucristo penetren en tu alma, porque tú eres valiente y generoso, y el hombre á quien Dios ha dotado de estas cualidades, no puede asesinar inhumanamente á sus hermanos.

—Los de la rancheria de Magcayang, respondió vivamente el salvaje, no son hermanos míos, son mis mas crueles enemigos y lo han sido siempre de mi rancheria, segun cuentan los ancianos.

—Fayang, dijo con dulzura el misionero, todos somos hermanos, todos somos hechura de Dios, del gran Cabuniang, de aquel que nos mi-

ra desde allí, desde el cielo, del mismo que cria las flores, que nos envía la lluvia, que hace estremecer los montes con el ruido de los truenos y la violencia de los torrentes, y que abrasa con sus rayos el corazón de los malvados; ¿no oyes? dijo el religioso como inspirado; él desaprueba tus palabras y mas que todo, tus obras; él en su cólera va á castigar tu ferocidad.

La tormenta se iba aproximando arrojando espantosos truenos. No es posible presentar un cuadro mas interesante y mas sublime que el de un anciano, solo, sin armas, sin apoyo de ninguna especie, en medio de los bosques, á seis mil leguas de su patria, exponiéndose á ser inhumanamente sacrificado por la lanza de un salvaje, por convertirlo á la religion de Jesucristo. Esa religion, sencilla, divina, consoladora, esperanza del triste y alivio del desgraciado, que sin mas ejércitos que sus confesores y sus mártires, ha conquistado en el espacio de diez y nueve siglos la Europa, la mayor parte de la América, una gran parte del Asia, y que principia á deramarse por la Oceanía, sin poner en juego otros medios que la palabra de Jesucristo, hablando, ya con energía, ya con dulzura, lo mismo al tirano que al esclavo, al emperador de un mundo que al pastor de un miserable rebaño, luchando siempre, muchas veces perseguida, siempre temida y siempre vencedora, oponiendo á la fiereza la humildad, la caridad al egoismo, el espíritu á la materia.

La tempestad habia ido descendiendo por la falda del monte Cilili y ya se hallaba casi encima de la ranchería, cuando lanzó un horroroso trueno que fué á estallar, por decirlo así, sobre la cabeza de los salvajes, los cuales asustados cayeron de rodillas, quedando consternados de espanto, á excepcion de Fayang, que continuaba impávido, lanzando miradas furiosas al misionero y amenazando á la misma tormenta. El P. Rafael, en lugar de intimidarse, se acercó mas al salvaje, y cogiéndole por un brazo le dijo con voz amenazadora:

—¿Lo oyes? el Dios de los cristianos va á castigar tu rebeldia; humíllate á implorar su perdón.

—Déjame, padre, dijo Fayang furioso, huye lejos de mí, ó juro por el gran Cabuniang que mueres en este instante.

—Humíllate, gritaba el misionero.

—Si el Dios de los cristianos tiene el poder que dices, dijo Fayang arrojando violentamente al P. Rafael, y sacando su campilan para cortarle la cabeza, pídele que me castigue al momento, porque si nó, no podrá librarte de mi cólera.

Al decir esto levantó el campilan para descar-

garlo sobre el cuello del misionero; pero instantáneamente se vió envuelto en una luz viva, ardiente, en una llama eléctrica que le causó un agudísimo dolor en los ojos, al mismo tiempo que un trueno, mas espantoso que los anteriores, resonaba sobre su cabeza. Fayang se echó mano á los ojos dando un grito de dolor, dió algunos pasos atrás pintado el terror en su semblante, y cayó de rodillas diciendo:

—¡Piedad! gran Cabuniang, piedad para Evanistasan que es inocente.

Evanistasan habia caído al suelo y no daba señales de vida, y al mismo tiempo la choza del Bravo era devorada por el fuego del rayo. Los demás salvajes se habian tendido boca abajo é imploraban la piedad del trueno: solo el P. Rafael permaneció inmóvil en medio de aquella escena de pavor, y en sus ojos y en su frente se reflejaba una angelical alegría; pero deseando aprovecharse de aquel prodigio del cielo, se acercó á Fayang enseñándole un crucifijo de bronce que llevaba pendiente del cuello, y le dijo:

—Arrepiéntete, Fayang, implora al Dios de los cristianos; él es compasivo, él solo puede librarte de la muerte, lo mismo que á Evanistasan.

Fayang abrió los ojos, y mirando al divino Crucificado con temor, preguntó al fraile:

—¿Dices, padre mio, que él nos librará?

—Sí, implórale.

—Pues bien, yo me someto á tu voluntad, yo imploro la misericordia del Dios de los cristianos para mí y para mi adorada.

El fraile, levantando las manos al cielo, dijo en tono deprecatório.

—¡Dios mio! Tú que has parado el sol á la voz de Josué, aleja de aquí la tormenta y entrarán en tu redil estas ovejas descarriadas.

Un trueno mucho mas horroroso que los primeros respondió á la súplica del misionero, y principió á caer la lluvia á torrentes.

—Ya te has salvado, Fayang; el Dios de los cristianos, oyendo tu súplica y la mia, nos envía la lluvia para ayudarnos á apagar el fuego de tu choza. Seguidme, hijos míos, dijo á los demás igorotes que le contemplaban admirados; de hoy mas, sereis hijos de Jesucristo y principiará para vosotros una vida dulce, feliz y tranquila.

Al concluir estas palabras se precipitó dentro de la choza incendiada, siguiéndole todos los igorotes, ínterin Fayang ayudaba á levantar á Evanistasan, que habia vuelto de su desmayo; algunos instantes despues la choza del Bravo se hallaba libre de las llamas, al mismo tiempo que se oían resonar á lo lejos los truenos que vomitaba la tormenta.

II.

La ranchería de Piznadan ha desaparecido completamente, y en su lugar se levanta á orillas del río la lindísima población de San Rafael, nombre con que la bautizó el gobierno de la colonia, en honor al religioso que la creó.

En la misma plazuela donde hemos visto en otro tiempo arder la casa de Fayang el Bravo, se levanta una sencilla pero hermosa iglesia de tabla, techada de cogon. Allí van todas las mañanas, apenas muestra la risueña aurora sus tibios resplandores, Fayang y Evanistasan, acompañados de sus hijos, á dar gracias al Divino Salvador que se dignó, en un día siempre memorable para ellos, arrancar sus almas de las tinieblas en que vivían sumidas, iluminándolas con la esplendorosa luz del Evangelio, y regenerándolas con las benditas aguas del bautismo.

En la parte posterior de la iglesia hay un pequeño cementerio, cercado por una murallita de piedra, y alfombrado de flores y de verde musgo. Una sencilla cruz de madera se levanta en un rincón del cementerio; en la parte superior tiene una tabla con este letrero: *Aquí yace el P. Rafael*. Sí, en aquella tumba donde crecen entrelazadas la sampaguita, la siempreviva y el nardo, sembrados por las manos agradecidas de aquellos que se llamaban en otro tiempo salvajes, y ahora, regenerados por el bautismo, llevan el excelso nombre de cristianos; de aquellos que lloran sin cesar por el santo religioso que los instruía en la fe, les consolaba en sus penas y les dirigía y ayudaba en sus trabajos. En aquella tumba descansa el espejo de sacerdotes y misioneros, el caritativo mortal, mártir de la fe y de la humanidad; porque no solo es mártir el que sucumbe entre los tormentos ó al golpe de la cuchilla, sino que también lo es el que lentamente, año tras año, día por día y minuto por minuto, consagra su existencia al alivio de los desgraciados y á la conversión de las ovejas descarriadas.

Antonio García del Canto.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuación).

—Lo cierto es que este retrato es el de un hermoso caballero, y que fué lástima, por cierto, que le asesinasen de este modo.

Andrea no podía separar sus ojos de la pintura, y al cabo, preocupada por una idea,

—¿Sabes, dijo, como se llamaba el hijo del conde Arturo?

—No, respondió Teresa.

—¿Y el nombre de la niña que robaron?

—Tampoco: mi madre también debe ignorarlo, pues no me lo ha dicho nunca.

—¡Ah! exclamó la hija de Martín: ¿no ves?

—¿El qué?

—La sortija que el retrato lleva en esa mano, que apoya sobre la mesa que tiene al lado; ¿será esa quizá la que le arrancaron tan bárbaramente?

—No sé; ¿quién es capaz de averiguar?...

—¡Oh! tiene una cifra: déjame subir á ese sillón; quiero verla de cerca.

Andrea efectivamente apoyó su pié en el asiento, y miró con afán el cuadro.

—¿La distingues? le preguntó Teresa desde el suelo.

—Sí, tiene un nombre y una fecha grabada en negro sobre el aro de oro.

—¿Y puedes leerla?

—Probaré.

—Mira bien; yo no había reparado en nada de esto; pero á fe que has despertado mi curiosidad y tanto como tú deseo averiguar....

—Ya sé lo que dice, exclamó Andrea que no había cesado de mirar: ya sé lo que dice: *Emma! Diez y siete de Enero*.

—¿Qué significará eso?

—Dios solo puede saberlo.

—Mira, Andrea, exclamó Teresa, que á su vez se empujaba junto al cuadro; mira, aquí hay algo escrito, en esta esquina.

La niña saltó al suelo y fijó su mirada en el punto que su prima le señalaba con el dedo.

—Lee, tú sabes hacerlo mejor que yo.

—Sí, sí.

—¿Qué dice, pues?

—*¡Serás vengado! Emma*.

—¿El mismo nombre!

—Cabal.

—¿Se llamaría así la condesa?

—Espera... creo recordar.... sí, justamente; mi madre ha dicho algunas veces: «¡pobre señorita Emma!»

Andrea, pensativa cada vez más, se perdía en un mar de conjeturas, sin poder adivinar aquellos misterios, cuyos primeros hilos tenía en la mano.

Solo dudas y sospechas veía en su rededor, y á ninguna, en verdad podía darle formas precisas.

—¡Si pudiésemos penetrar en las otras habitaciones! exclamó hablando consigo misma, mas bien que con la linda Teresa; ¡si pudiésemos entrar!

—Quizá no sea difícil, ven, exclamó ésta saliendo de la habitación.

Andrea la siguió apresuradamente, y en breve se hallaron ambas ante la puerta del salón principal. Ésta era grande, de dos hojas, y se hallaba cerrada con llave.

La niña probó á abrirla empujándola con todas sus fuerzas.

Sin embargo, todo fué inútil.

Á pesar del tiempo, la madera permanecía fuerte y las cerraduras en buen estado.

—¡Por vida...! murmuró Teresa; no vamos á poder entrar! y la verdad es que yo no había pensado en ver estas salas porque estaba sola y no había caído en.... pero las dos, es diferente; daría cualquier cosa por poder abrir.

—¡Oh! y yo también.

—Pues ello es preciso buscar el modo.... pero calle! ¡qué necias somos! ¡acaso no están todas las llaves en el cuarto del señor Armando?

—¡Ah! es verdad.

—Vé por ellas, Andrea, vé por ellas corriendo; ¡estar aquí haciendo esfuerzos inútiles, cuando con tanta facilidad podemos lograr lo que deseamos!

Andrea, en un abrir y cerrar de ojos desanduvo lo andado, y llegó al cuarto del joven, único morador de aquella casa.

Con una rápida ojeada buscó las llaves anheladas, y las vió colgadas sobre la mesa y al lado de un hermoso Crucifijo que se ostentaba en ella.

Tendió la mano para cojerlas, pero en aquel instante se detuvo, fijando su atención en la imagen del Redentor.

Un objeto blanco y terso se destacaba entre la cruz y los pies de la sagrada efigie.

Era un papel que Andrea miró con afán.

Una resolución súbita y extraña le impulsó á apoderarse de él.

En su anhelo de inspeccionarlo todo, no quería perder un cabo de aquella enredada madeja.

Veloz como el pensamiento sacó aquel escrito del sitio en que se encontraba, puesto allí acaso como un depósito sagrado, y desdoblándolo rápidamente murmuró:

—Es una carta; ¡Dios mío! haré mal en leer...?

Pero antes de que acabara de resolverse, oyó la voz de Teresa que la llamaba desde afuera.

—No voy á poder.... si ella viene.... ¡oh! no quiero que sepa....

Y al decir esto leía los primeros renglones que decían así:

«Armando, hijo mío, te escribo....

—¡Andrea! exclamaba Teresa ya mas cerca; ¿no vienes?

—Sí, sí, espera, ya voy; gritó la niña mientras buscaba con afán la firma de la carta; espera un instante solo.

Y después de hallar lo que anhelaba,

—¡Emma! exclamo, también dice aquí lo mismo que allí. Si será el señor Armando el hijo del conde Arturo?

Y al decir estas palabras, colocaba de nuevo con mano temblorosa la carta en el sitio que ocupaba antes.

Ya era tiempo, pues su prima apareció á la entrada diciendo con impaciencia:

—Date prisa; mi madre puede venir y nos reñiría si sospechase lo que vamos á hacer.

—No, no temas; fué que no veía las llaves, y...

—Aquí están: la misma impaciencia te cegaba; vamos, ven.

Las dos jóvenes cruzaron el corredor de nuevo, y de nuevo se hallaron ante las puertas del salón.

Esta vez, al cabo de algunos esfuerzos lograron ver satisfecho su deseo.

Aunque la llave y la cerradura se hallaban enmohecidas por tantos años de desuso, la puerta se abrió al fin.

Una extensa habitación, oscura en aquel instante, pues sus balcones se hallaban herméticamente cerrados, apareció á los ojos de las dos niñas, que vacilaron un instante antes de traspasar el dintel.

El olor de humedad que salía de aquella sala, las colgaduras que cubiertas de telas de araña cubrían las paredes, el eco que sus voces y sus movimientos hacían retumbar en aquel vacío, las causó una impresión de terror imposible de definir.

—¡Oh! qué triste es todo esto; murmuró Teresa haciéndose un paso atrás.

—Sí, respondió su compañera; muy triste, sobre todo, para nosotras que estamos acostumbradas á nuestras pequeñas cabañas, sin cortinajes que impidan penetrar la luz.

—¿Quieres que cerremos y nos volvamos atrás?

—No, no: ya que hemos venido.... sobre todo, eso sería una cobardía; ¿qué mal nos puede pasar, en medio del día y á la luz del sol?

—¡La luz del sol! ¡la luz del sol! ¡cuántos años hace que no ha entrado aquí!

—Abramos nosotras uno de esos postigos, y la verás tornar clara y hermosa á esta sombría habitación.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

MENSAJE DEL CIELO.

(Sobre el portugués, de Castello-Branco.)

De flor en flor cruzaba la campiña
Una cándida niña,
Mas pura y bella que las frescas rosas
Ceñidas á sus sienes candorosas.

Esbelta golondrina
Voló sobre la plácida colina,
Perdiéndose en la altura;
Y la hermosa criatura
—¡Ay!—murmuró con afanoso anhelo:
—¡Quién pudiera volar así hasta el cielo!—

Quedó suspirando,
Las nubes mirando
Que el ave lijera
Quizá traspusiera.
¡Tan alto volaba!...
Por ella clamaba,
Y el ave no oía,
Que ya se cernía
Por cielos azules
De místicos tules,
De limpios reflejos,
¡Muy lejos, muy lejos!...

Desde el día fatal, honda tristeza,
Agena á la infantil naturaleza,
Veló á la pobrecilla.

Los besos de una madre cariñosa
No endulzaron la pena misteriosa
Del inocente ser;

—¿Y mi avecilla
No volverá jamás á esta pradera?
Dímelo, madre mía.

—Sí, volverá: la nueva primavera
Ha de traer con ella tu alegría.
Ven á la misma selva,
Que allí tal vez la golondrina vuelva.

Mírala en esa palma...
—No es esa el ave que me roba el alma!
—Sobre el otero...

—No!...

—Cruzando el monte...

—No tall!...

—Á orillas del arroyo...

—En vano

Aquí la buscaré: de otro horizonte
Voló á perderse en el profundo arcano!
—Tiende tus ojos hácia el mar... ¿Es ella?...

—No, madre, no es aquella!

—Una ha posado en la robusta encina...

¿Lograrás conocerla?...

—¡Ojalá viera allí mi golondrina;

Mas la que al cielo fué, no vuelvo á verla!—

Así, de este anhelar mísera esclava,
Su tierna vida la infeliz minaba;
Y apenas vibró el sol límpido rayo
Otro florido mayo,
Voló su alma divina
Como voló su amada golondrina.

¡Volar al cielo un ave,
Volar un alma en pos!...
¿Quién los misterios sabe
De un mensaje de Dios?

Teodosio Vesteiro Torres.

Madrid, 1872.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—»Concluyó en mí la debilidad: ahora voy á imponerte mi voluntad. La mujer no tiene mas ley, mas guía que su marido, ni debe pensar ni sentir otra cosa que lo que él piense y sienta, y esto á la faz de todos, sin reticencias ni excepciones que le ridiculizarían, poniendo en duda su dominio y su fuerza moral.

—»Pero yo...

—»Tú te has burlado de ambas cosas, dando un paso decisivo, un paso que yo te habia prohibido dar.

—»¡Ay! es que....

—»No te disculpes; has abusado de mi buena fé, y ahora todos creerán que yo no tengo poder ni autoridad en mi casa.

—»¡Oh! es que nadie ha visto... respondí empujando á aturdirme.

—»¡Nadie! tú ignoras que no soy dueño de mí, que estoy vigilado, que...

—»¡Tú! ¿y por qué?

—»¿Por qué? no quieras saberlo.

—»¡Héctor!

—»No, no lo adivinarás jamás; pero lo que has hecho necesita un pronto remedio.

—»¡Ah!

—»Y ese remedio vas á dárselo.

—»¿Á dárselo?

—»Sí; esta noche vas á asistir conmigo á nuestra capilla de cultos.

—»¡Yo! ¡Jesus! ¿qué dices?

—»Así verán que me obedeces, que sigues mis inspiraciones, que soy algo para tí.

—»Tú lo eres todo, sí; ya lo sabes: eres mi esposo, eres el padre de mi hija; pero por piedad, Héctor, no me obligues á hacer lo que dices,

»porque eso es imposible, es imposible.

»Una sonrisa cruel plegó los labios de aquel infeliz.

—»Ya me obedecerás, dijo; ya me obedecerás.

—»Nunca.

—»No formes empeño; no te opongas resueltamente á mi voluntad porque aun no sabes de lo que soy capaz. Vendrás á la capilla, y te pondrás donde te vean mis compañeros.

—»No, no.

—»¡Desgraciada!

—»Puedes matarme; pero obligarme á eso, jamás.

—»Matarte, no; pero te olvidas de que tienes una hija y que esa hija....

—»¿Qué?

—»Puedes perderla para siempre.

—»Te atreverías....?

—»No me pongas en ese caso.

—»¿Y qué harías?

—»Separarla de tí para siempre.

—»¡Oh!

—»Mandarla á Inglaterra.

—»Las leyes lo impedirían.

—»¡Las leyes! ¿dónde hay una que se oponga á que un padre lleve á su hija donde quiera?

—»Si es para educarla en otra religion....

—»Yo tengo derecho de hacerlo, soy su padre.

—»Yo su madre, y podré oponerme!

—»Hay libertad de cultos; ¿lo ignoras?

—»Maldita libertad, que lleva la desunion y el odio al interior del hogar doméstico!

—»Vendrás esta noche, lo he dicho y será; prepárate á obedecer, á vencer tu repugnancia ó á separarte de tu hija.

—»¡Separarme de mi hija!

—»Y al decir estas palabras salió de la estancia dejándome sola.

—»Esto era horrible!

—»En el primer momento pensé huir de aquella casa, correr á la de mi padre, y ponerme bajo su amparo.

—»Pero para esto necesitaba separarme definitivamente de mi esposo, del padre de Elena, de aquel hombre que habia sido mi primer amor y que aun era el solo dueño de mi corazón.

—»Deseché esta idea y pedí al cielo una inspiracion.

—»Ningun medio encontraba, sin embargo, de salir de aquella situacion.

—»Acudir yo á la capilla protestante, mezclarme en aquellos cultos que siempre habia mirado como una ofensa á mi religion, en aquellos cultos falsos donde se olvidaba, ofendiéndola, á la Santa Madre de Dios, á mi amor mas puro, á mi santa esperanza, á mi cierto y único con-

»suelo! esto era imposible, imposible para mi alma, imposible para mis convicciones, imposible para mi voluntad.

—»Yo no me hallaba, yo no podia hallarme con fuerza suficiente para ello.

—»Además, ¿qué diria el mundo, qué diria, sobre todo, mi padre, tan bueno, pero tan severo en cuestiones de religion!

—»¡Oh! ¡cuánta seria su afliccion, cuánta seria su cólera y su indignacion cuando llegase á saberlo!

—»Él, tipo de católicos, y modelo de los hombres honrados, que ni vacilan ni cometen jamás una apostasia: él, que no transijia jamás entre su vida y la idea de su deber; saber que su hija, su amada y única hija habia renegado de la fé que le trasmitiera con su sangre; habia olvidado las promesas hechas por él en el santo bautismo; habia olvidado, en fin, á su Dios! esto era horrible, esto era espantoso!

—»Porque mi padre no creeria otra cosa: ¿cómo habia de creerlo! ¿cómo habia de pensar al saber que asistia aquellos sitios, que la violencia me arrastraba allí!

—»Estaba cierta que si su corazón le impedía maldecirme, su razon le obligaria á rechazar-me para siempre.

—»Y el tiempo pasaba, y se aproximaba la noche, y Héctor, con su acento implacable, no tardaria en decirme: «Sígueme,» y en caso de no hacerlo se llevaria á mi Elena: ¡ay! era muy capaz de hacerlo.

—»En aquel momento yo no odiaba á mi esposo; no, esto no podia ser, pero sentia que me inspiraba un terror espantoso, un miedo cruel.

—»Ya no le juzgué el compañero de mi vida, el apoyo que debia sostenerme al cruzar la senda de la existencia, el árbol que me diera abrigo y me resguardase de las tempestades del mundo: le juzgué solo mi opresor, mi tirano, la fuerza imperiosa que me obligaba á obrar en contra de mi voluntad, el señor despótico y absoluto que ejerce su dominio á sangre fria contra el débil.

—»Derramé muchas lágrimas aquel dia, y sin saber qué partido adoptar, imploré en mi desgracia el auxilio de la Santa Virgen.

—»Llegó, por fin, la hora temida.

—»Héctor se presentó en mi habitacion: él tambien debia sufrir, porque su rostro estaba sombrío.

—»Vamos, me dijo con acento breve; ¿estás dispuesta á venir conmigo?

—»¡Oh! exclamé deshecha en llanto; ten compasion de mí, y no me obligues á lo que mi corazón y mi mente rechazan: por piedad, por el

«carino de nuestra hija, déjame, Héctor, déjame aquí.

—«No es posible: ya te he dicho que has de seguirme; no insistas en torcer mi voluntad, porque mi voluntad es inflexible... tiene que serlo.

—«¡Ay de mí! ¡obligarme de ese modo!

—«Tú me has impulsado á ello.

—«¿Pero no ves que eso no puede ser, que no puede?

—«Basta, Consuelo.

—«¿Es este tu amor? ¿es esta la felicidad que me ofrecías?

—«No mas quejas, no mas reproches.

—«¡Oh! es que sufro mucho; que me haces muy desgraciada en cambio de tanto amor y de tanta ternura.

—«¿Y crees que lo soy yo menos que tú, insensata? ¿crees que obro así por el solo placer de atormentarte? no, no; yo no me pertenezco, yo tengo que obedecer tambien á una voluntad de hierro, mas fuerte que la mia, mas que la tuya.

—«¿Qué dices! ¡Oh! no te creo, no te creo.

—«¿Consuelo!

—«¿Quién puede dominarte á ti, cuyo pensamiento es libre, y cuyo corazon no se conmueve ni por súplicas ni por lágrimas!

«La frente de Hanry se contrajo horriblemente; por su mirada pasó algo de siniestro, y acercándose mas á mí me dijo con voz concentrada:

—«Al fin me obligarás á hablar para hacerte enmudecer y que no me repliques jamás.

—«¿Cómo!

—«Al fin me obligarás á decirte que cuanto tengo, cuanto soy, hasta mi honra, hasta mi libertad, pertenece á un hombre á quien estoy ligado por un juramento; á un hombre que me dice *anda*, y no me es dado detenerme; que me manda que hable, y no me es posible callar: que es dueño hasta de mi pensamiento, de mi alvedrio, hasta de mi conciencia!

—«Pero, Dios mio, qué es lo que quieres decir?

—«Que los lazos que me ligan á él son tan firmes, que no pudiera romperlos aunque fuera en ello mi vida, tu vida y la vida de nuestra hija.

—«¡Oh! y ese hombre....

—«Es Viliam Vamprey, á quien has visto muchas veces.

—«¿Un anciano casi?

—«Sí.

—«¿Y él...?

—«Él exige que yo haga alarde de mis ideas, de las ideas que he concebido por él, y para que nadie dude de mis convicciones, para que aquellos de quien somos instrumento no duden

de nosotros tampoco, es preciso que nuestras esposas y nuestros hijos pertenezcan tambien á su secta.

—«¿Y tú...?

—«Yo necesito hacer su voluntad.

—«¿Y por eso quieres obligarme...?

—«Sí, Consuelo, sí, solo por eso.

—«Es que yo no cederé jamás.

—«¿Que no? exclamó con aire feroz.

—«Ya te lo he dicho: nunca cambiaré de creencias, nunca haré traicion á mi fe.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

LA VIRGEN DEL LAGO.

Cerca de la antigua y noble ciudad de Toscana, alumbrada por el poético sol de Italia, arrullada por sus dulces y perfumadas brisas, y fecundada por las tranquilas y azules aguas del lago Bolseno, se alza la pequeña aldea de Tiro.

Rodeada de altas montañas, coronadas perpetuamente de verdor; de valles floridos donde una eterna primavera derrama constantemente perfumes, armonías y galas y luz, es Tiro uno de esos paraísos ocultos, donde transcurre la existencia feliz y tranquila, como las plateadas ondas del arroyo que serpentea entre moradas violetas y sencillas margaritas.

Allí, lejos del ruido de las grandes ciudades, blanca como un copo de nieve y perdida entre movibles oleadas de verdura, se distingue una pequeña casa de aspecto tan humilde como risueño.

En ella habita la buena Marina.

Marina, la pastora mas pobre pero mas dichosa de Tiro.

Es viuda; el compañero de su vida murió hace muchos años, dejándola sola y en vísperas de ser madre.

El dolor de la pérdida de su esposo oprimió tan dolorosamente el corazón de Marina, que estuvo á punto de morir; Dios, empero, no la llamaba á sí todavia, y la joven recobró la salud, aunque perdió la esperanza de gozar algun dia las caricias de su hijo.

Este murió al nacer, recibiendo apenas sobre su tierna frente las aguas purísimas de la regeneracion cristiana.

Marina quedó sola: sin porvenir, sin esperanzas y sin consuelo alguno en su pesar.

El cielo, sin embargo, quiso enviárselo.

Una noche llamaron á las puertas de su casa; y Marina, que á nadie esperaba, saltó de su lecho y abrió sorprendida.

Pero mucho mas lo quedó al ver que la llamaban en nombre de Urbano, gobernador y prefecto de la próxima ciudad.

Aquel hombre queria confiarla su única hija, niña de pocos meses, para que cuidase de ella y la sirviese de nodriza.

Marina recibió el precioso depósito con inexplicable alegría.

Aquella niña no solo venia á llenar el vacío de su corazón, sino á mejorar su suerte, pues Urbano ofrecia recompensarla generosamente sus cuidados.

¡Oh! desde aquel día no se halló la joven viuda sola en su cabaña.

La inocente criatura puesta bajo su amparo la llenó de alegría con sus sonrisas y de luz con sus miradas.

Marina bendijo á Jesucristo, cuya ley de amor profesaba, y sabiendo que Urbano vivia sumido en los errores del paganismo, hizo bautizar secretamente á la niña que este habia traído bajo su techo, no queriendo que la hija perdiese los frutos de la redención, ya que el padre los despreciaba.

La niña recibió el nombre de Cristina, en memoria de Cristo, salvador del mundo.

Esto quedó en el mayor secreto, y la buena Marina se dedicó con toda el alma á llenar la misión que Dios la habia confiado.

La pequeña Cristina creció en los brazos de aquella mujer, que la llamaba hija del alma, y á su vez la niña la apellidó madre, cuando pronunció este dulce nombre por primera vez.

Ningun otro afecto vino á embellecer la infancia de la hermosa niña, pues la que le habia dado la vida no existia, y su padre, preocupado con los quehaceres de su cargo, apenas se cuidaba de ella, reduciéndose sus pruebas de afecto á pagar puntualmente la pensión señalada á Marina.

Ésta empezaba á olvidar el pasado, concentrando todos sus afectos en Cristina, la que hermosa, pura, de carácter dulce y apacible, formaba la gloria y amor de su buena nodriza.

Habian pasado los años sin que nadie viniera á turbar la paz de aquella dichosa vida.

Urbano no pensaba en reclamar á la niña, que hubiese sido un obstáculo para su vida fastuosa de hombre distinguido por los emperadores, y Marina daba gracias á Dios por aquel abandono que era para ella la felicidad.

Cristina, pues, recibió las primeras ideas y las

primeras lecciones de los labios de su nodriza, y aquella mujer, esencialmente pura, sencilla, humilde y creyente, ayudada por su fe, supo sembrar en el alma de la niña las máximas divinas de la religion que profesaba.

Y Cristina creció en hermosura al par que creció en virtud.

Los dones que su padre la hacia, los partia con los necesitados.

Era modesta en sus gustos, virtuosa en sus costumbres: sus palabras tiernas y amorosas cautivaban el corazón de cuantos llegaban á oírla, porque tenían consuelos, y dulzura, y bondad para todos.

Aquella niña era un prodigio de belleza y de santidad, y los vecinos de la aldea, que la miraban como á un ángel, empezaron á designarla con el nombre de la Virgen del Lago.

Jamás hija alguna ha sido mas sumisa, mas amante, mas dulce que Cristina lo era con su nodriza.

Jamás madre alguna ha amado mas, ni ha estado mas orgullosa de sus hijos, que Marina lo estaba de aquella niña.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

VARIETADES.

EL SUSTITUTO VOLUNTARIO.

Visitando un día en la América un cementerio, observé á un hombre que se ocupaba en plantar flores sobre la tumba de un soldado, y le pregunté:

—¿Es por ventura el padre de V. el que aquí está sepultado?

—No, respondió.

—¿Es su hijo ó alguno de su familia?

—No, no.

Después de un momento de silencio, dejando una pequeña tabla que tenia en la mano, dijo:

—Bien: quiero manifestárselo todo: Cuando estalló la guerra, me llamaron para partir; yo era pobre con siete hijos, y la mujer enferma.... Esto no obstante, me veia obligado á dejarlos, porque no podía buscar un sustituto; me preparaba, pues, á dejarlo todo para marchar á combatir al enemigo.... La vispera de mi partida, un joven, á quien yo conocia, vino y me dijo:

—«Vd. tiene mucha familia, y es del todo imposible que su mujer pueda alimentarla; yo marcharé por Vd.»

Y en efecto, marchó por mí, y en una grande batalla fué herido y conducido al hospital; después de grandes sufrimientos murió, y aquí es donde está enterrado. Desde entonces he deseado vivamente venir á ver su tumba. Con este fin he economizado todo el dinero que he podido: ayer llegué, y hoy he venido á ver el lugar donde él reposa.

Los ojos del pobre hombre estaban llenos de lágrimas. Tomó la tablita que habia dejado sobre el suelo, y la fijó en la tierra, á modo de piedra tumularia. Mas abajo del nombre del soldado muerto, se hallaban escritas estas palabras:

¡ÉL MURIÓ POR MÍ!